



478736
2015-Colección de Hemeroteca



ATENEO DE HONDURAS

REVISTA MENSUAL, ORGANO DEL CENTRO DEL MISMO NOMBRE

DIRECTOR:

FROYLAN TURCIOS

REDACTORES:

ROMULO E. DURON, ESTEBAN GUARDIOLA, SALATIEL ROSALES, SAMUEL LAINES

DIRECTOR ARTISTICO:

CARLOS ZUNIGA FIGUEROA

AÑO II

Tegucigalpa, Honduras, Centro-América, 22 de mayo de 1914

NUM. 8

LA GRANDE ALMA UNIVERSAL

POR EL

DR. AGUSTIN SANTIAGO BRIZIO

Cuenta el escritor y actor dramático *Erméte Novelli*, en un afamado monólogo, cómo un monomaniaco pretendía haber inventado una máquina para volar, la cual no se parecía en nada á los modernos aeroplanos ni á los perfeccionados dirigibles.

Oigamos cómo nos la presenta él, en muy pocas palabras: «Dos grifos, un pistón, una garrucha y una...rueda; he aquí toda la máquina!!

El primer grifo sirve (cosa muy importante!), para...dar el pitazo de salida; con el segundo, el mismo maquinista pone en movimiento el pistón; éste, á su vez, hace girar la rueda y así el aparato empieza á elevarse como el águila más fuerte del mundo!

Pero aquí no está toda la genialidad de *esta* invención.

Cuando un individuo — dice el monomaniaco— quiere huir de un enemigo cualquiera ó de un acreedor molesto, ¿qué hacer?—Sube en su máquina y se levanta al hermoso cielo del Mediterráneo, hasta colocarse más allá de las más altas y vírgenes puntas de nuestro fastidioso planeta; se para; enciende, si le place, un cigarrillo y, como un buen filósofo del tiempo antiguo, se pone á observar lo que sucede bajo sus pies.

Él no ha estudiado física y, por esto, ignora lo que es la ley de la gravedad; pero, en cambio, él ha aprendido que la tierra gira y, por este motivo, se contenta tranquilamente con mirarla girar; él sabe que cada movimiento de rotación se efectúa en 24 horas y, por esto, él, *mientras tanto se para*, ha resuelto el problema de la...*máxima* velocidad!

En realidad, el monomaniaco, después de haber visto bajo sus pies los *Alpes*, los *Pirineos* y el *Océano Atlántico*, hace funcionar de nuevo el primer grifo, en seguida el segundo y, en menos tiempo del que se necesita para pensarlo, baja y, como un gracioso pajarito, va á posarse sobre la terraza de una de las casas-campanarios de *New York* ó, si le place, en una de las verdosas praderas del delicioso valle de *Comayagua*.

Hasta aquí llega el monólogo brillante y satírico; pero, ¿es que alguno de Vds.—después de haberlo leído ú oído—podrá imaginarse que la presente utopía pudiera llegar á ser, un día, verdadera realidad? En estos últimos tiempos, á una distancia de 99 millones de kilómetros, el astrónomo italiano *Schiaparelli* ha podido, por primera vez, fotografiar, con el telescopio, el planeta *Marte*, descubriendo en él también los célebres canales que por su regularidad, se suponen tal vez contruidos por seres inteligentes. ¿No sería factible que—suprimida un día la gravedad de la Tierra—se pudiera no sólo observar (á pocas décimas de kilómetros) lo que sucede en la superficie de nuestro planeta, sino también, provistos de todos los aparatos necesarios, alcanzar á percibir con nuestros sentidos lo que sucede en el interior de las cavernas y de las casas, penetrar en las íntimas células de los seres vivientes y seguirlos desde el primer instante de su vida, paulatinamente en su marcha ascendente, hasta concluirse su desarrollo; observar su desenvolvimiento físico y químico, desde el de la semilla

arrojada á la tierra hasta el del árbol majestuoso, desde el del óvulo microscópico hasta el del insecto, el del pez grande ó pequeño; el del león y el del hombre; é insinuarse, por fin, en las intrincadas mallas de la sustancia gris del sistema nervioso, para descubrirle las vibraciones más tenues y ultra-rápidas, así como la misma conciencia presente y futura?

Si esto fuera posible, estaría completamente resuelto el problema de la Vida.

—Fabulizando *Apuleio*, en la poética historia de *Psiquis* y *Amor*, dijo que la obscuridad de la noche debía esconder á *Amor*, desconocido por las miradas curiosas de ella, y que la inmensa felicidad de la cual ella gozaba, debió ser indisolublemente atada á la penosa interdicción de descubrir al amante misterioso.

Simplificando é invirtiendo el mito, veamos aquí que *Amor* representa la curiosidad permanente de la Ciencia, mientras que la oculta *Psiquis* no es más que la grande alma universal.

Y, mientras *Amor*, con la desfachatez y la tenacidad que le son propias, casi ha logrado su intento, *Psiquis* ya no sigue siendo un mito, ni tampoco una sombra vagabunda y fantástica al par del alma inmortal.

Ella es ahora una realidad palpable que percibe y se mueve de continuo; que siente, que piensa y ama; es, por último, la vida, aquella vida que, hace 50 años, era, se puede decir, algo como un misterio, y que, hoy día,—sin necesidad tampoco de la fantástica máquina del inventor monomaniaco—se presenta casi com-

pletamente desnuda al ojo indagador del sabio moderno. Cuando, en época remota, el hombre empezó á considerar los fenómenos naturales, muy poco podía comprender de ellos, y, por esta involuntaria ignorancia, consideró las fuerzas de la naturaleza como manifestaciones de seres sobrenaturales. Por esto, pobló el universo de dioses que obraban como freno de las fuerzas universales. El viento era la respiración de un dios; el relámpago era el fuego arrojado por las manos de otro dios. Y también hoy día, algunos pueblos de Europa explican á los niños que el trueno es producido por el ruido de un grueso tonel, rodado por el *Diablo* en las vías del firmamento.

Ni el ardiente hálito del sentimiento poético faltó para enredar entonces este embrión filosófico de la causalidad de los fenómenos naturales.

Por esto no fué suficiente *Flora* para ornar los prados con un encanto de colores y con un poema de perfumes; sino que se necesitó *Dafne* para coronar de laurel las testas gloriosas; mientras *Jacinto* y *Narciso* han debido transformarse en flores para perfumar, en la cima del *Gárgaro*, el vaporoso tálamo de *Juno* y *Júpiter*.

Pomona, no contenta con las ricas frutas que divinamente producía, aspiró á la noble sangre derramada por *Píramo* y *Tisbe*, ardientes de amor, para teñir los frutos de la morera.

La araña fué deudora de su delicado arte de tejer, á la penada soberbia de *Aracne*; la crueldad de *Tereo* se reflejó en los tristes colo-

res de *Upispa*, y, mientras *Filomena* recuperó la melodía de su lengua, extirpada por *Tereo*, en la del risueño, en el cual debió transformarse, hemos visto que la perseverancia de su infeliz hermana se trasmutó en los despojos de una golondrina, la cual también hoy día, con sus viajes larguísimos, parece que quisiera escapar á un ignoto y temible enemigo.

Adelantándose el pensamiento á las ideas politeístas, sucedió el concepto más noble de una Divinidad sola.

Pero todavía, por largo tiempo, la idea de lo sobrenatural permaneció para explicar los fenómenos universales, hasta que, con el cruzar de los siglos, hecha más aguda la facultad de la observación y más lógico el pensamiento, muchos fenómenos, antes misteriosos, se hicieron inteligibles y susceptibles de más sencillas explicaciones.

Y los primeros misterios reducidos á las leyes naturales fueron, con el descubrimiento de la ley de *Newton*, los de la astronomía.

En otros ramos de la ciencia sucedió el mismo hecho: se formularon y estudiaron las fuerzas y las leyes de la afinidad química; y así las leyes y fuerzas físicas cayeron bajo el dominio del hombre.

La naturaleza, como el obscurantismo, debían, paso á paso, ceder su puesto á la luz demoledora de misterios y de leyendas.

Y es así que, deseando nosotros seguir, por un momento, el principio de lo que se llama "Trilogía de Hegel"—es decir, que en todas las cosas, desde la inmensa historia universal hasta la de un simple in-

dividuo, se pueden considerar siempre tres fases bien distintas—así mismo, también en la evolución del pensamiento filosófico de la vida, nosotros podemos encontrar tres períodos muy bien definidos.

El primero sería aquél de que hemos tratado antes, es decir, de la *ignorancia* y del *sobrenatural absoluto*. Y es en éste que nosotros debemos comprender lo que se llamaba “pneuma” de *Hipócrates*, el cual estaba destinado á derramar en nuestro organismo el innato calor ideado por *Heráclito*, calor que, cuando el pneuma se encaprichaba á no querer funcionar, acababa por congelarse, dando así origen á todas las enfermedades entonces conocidas.

Paracelso á veces decía: que la vida era toda espiritual.

La causa primera, según él, es decir, la gran madre de toda la materia, se llama *Iliastro*, y *Archeo* era el grande espíritu al cual todo el cuerpo debía obedecer. Y este *Archeo* tuvo, por cierto tiempo, todos los honores que le fueron gratuitamente conferidos por el liberalismo de *Van-Helmont*, por el cual le fué asignado el trono en el estómago; nombrados los ministros, los cuales eran otros tantos espíritus inferiores que debían viajar incessantemente de abajo hasta arriba del cuerpo humano, con fin de amoldar y purificar la materia, y al que por último fué también atribuido el derecho de la guerra y de la paz.

Y, como este señor *Archeo* parece que era también muy impresionable y estaba sujeto—á pesar de que era espíritu—á pasiones, así sucedían manifestaciones, más ó

menos hostiles, en las diversas partes del organismo.

Por este motivo, *Van-Helmont* decía: que la *enfermedad* era la consecuencia de la perturbación de *Archeo*, el cual estaba muy asustado cuando el cuerpo padecía los escalofríos de la fiebre; enojado, por la inercia de los riñones, próvocaba la hidropesía; y talvez distraído, permitía que los fermentos se extraviaran por el cuerpo, y, en consecuencia, se perdiera en ellos también el intelecto.

Ni siquiera, de este *Archeo* debía ser muy diferente, más tarde, el *alma* descrita por *Sthal*, un alma sin la cual no podía existir la fiebre, que él negaba á los animales, en consecuencia á que les negaba también la posesión de un alma cualquiera.

Según *Sthal*, era esta propia alma la que, provocando la fiebre, debía expulsar (hoy día los médicos dirían «quemar») el agente morboso, dando origen, de tal modo, á los síntomas de una enfermedad aguda, mientras, en el caso de que dicha alma estuviera pobre de energía, habrían resultado las enfermedades crónicas; las cuales, en el siglo pasado, á un gran poeta—*Enrique Heine*—parecían acusar también de debilidad de inteligencia é indolencia para resistir.

Y así, en su «*Reisebilder*,» *Heine*, hablando de los Tiroleses, dice: «Ellos son hermosos, alegres, honrados y de una pequeñez de alma impenetrable.

Es una raza sana, probablemente por estar demasiado estúpida intelectualmente para enfermarse.» Concepto este científicamente mo-

dernísimo, porque, hoy día, se admite que cuanto más poco uso hace un individuo de su sistema nervioso, tanto más se encuentra en buenas condiciones para resistir al desarrollo de las enfermedades.

Pero volvemos al primer período de nuestra Trilogía: Esta no se acabó con la conclusión del Imperio romano; sino que también persistió á través de la Edad Media, para dominar después, además, una gran parte de los dos primeros siglos de la Epoca moderna.

El segundo período—subsiguiente á este primero que diremos “vital” y “poético”—se puede iniciar con *Galileo*, que fué el primero en enseñar las leyes más fundamentales, con el método de la Física.

Es verdad que *Jorge Stahl* nació después de muerto *Galileo*; pero es también cierto, que él fué uno de los últimos sostenedores de las teorías del vitalismo esencialmente espiritual.

Y en efecto, es *Galileo* el que, meditando en el Bautisterio de *Pisa*, comió primero el fruto prohibido de la ciencia y por él la humanidad se vió desechada del paraíso de la tranquila poesía, en donde cada sér era un dios, un héroe, una ninfa; para cada enfermedad un individuo especial; y, contra las enfermedades mismas, un alma, más ó menos quisquillosa, destinada á echarlas fuera.

Fué *Galileo* quien desde el templo de un Dios único, creído superior á la grande alma universal, arrojó á la humanidad de la antigua vía de lo sobrenatural, para conducir la al gran campo de la ciencia, en donde ningún árbol fructifica, sin

ser antes larga y duramente cultivado, y en donde sólo el interesante y paciente trabajo del experimentador, puede llevar aquellos frutos que representan, no una hipótesis ó un prejuicio, sino la realidad desnuda, como la *Psiquis*, de que hemos hablado antes.

Pero también, en este segundo período, la Física, la Alquimia, las Matemáticas y la Mecánica (¡seguro, también la Mecánica, y es tan verdadero que *Chirac* tuvo la idea de establecer en *Montpellier*, una cátedra de Iatro-Mecánica, con la cual creía poder enseñar la Medicina entera!), todas estas ciencias, todavía muy vacilantes, impugnaban débilmente las teorías vitales; así que el principio fundamental de la vida, estaba todavía en este período, como envuelto en una nebulosa.

Y, en prueba de ello, cerca de la mitad del siglo XVII, si interrogamos á aquel hombre insigne, prudente y calmo, al cual los modernos historiadores de la medicina han dado en llamar el *Hipócrates* inglés, quiero aludir á *Sydenham* preguntándole sobre los libros de estudio más indicados para ponernos en condición de desarrollar nuestro intelecto en el ejercicio de la Medicina, él escépticamente nos contestará: «Leed el . . . don Quijote!»

Pero después vino *Lavoisier* á encender aquel faro de luz, destinado á alumbrar todo el camino sucesivo.

Lavoisier nos descubre la combustión interior y de ésta, más exactamente, aquella parte que más interesa para la vida: es decir, la respiración.

Vienen después *Senebier*, *Du Saussure*, *Ingenhouse*, los cuales re-

velan los fenómenos de nutrición de las plantas, indicando la atmósfera como invisible é insoluble atadura entre el reino animal y el vegetal.

Dulong y *Despretz* descubren el manantial del calor animal; y *Mulder* describe la semejanza que hay entre los cuerpos albuminosos de la Fauna y los de la Flora, y trae de ésto la consecuencia de que—además de la atmósfera—otra unión existe entre ellos: es decir, la de la alimentación que las plantas preparan para los animales.

A estos sabios siguieron el gran *Liebig*, *Haller* y *Bichat*, los cuales juntos, si también dualistas, fueron los más adelantados cultivadores de la biología en la conclusión de este segundo período.

Pero estos eran, todos, hallazgos separados y, decimos, casi independientes y del todo inconexos.

Se necesitaba ordenar todos estos estudios, ligarlos y después—unidos los sabios en el trabajo y en el fin científico—buscar el modo de acercarse, lo más posible, á la verdad.

Y aquí precisamente empieza el tercero y último período, que nosotros llamaremos *sintético* y *unitario*, período al cual se pudo llegar forzosamente con el adelanto de la ciencia; propiamente como en la fábula de *Livio* y *Plutarco*, en la cual los distintos miembros del cuerpo humano primeramente en rebelión contra el vientre, que les aparecía como holgazán, debieron después reconocer que él, si todo recibe, todo también restituye, formando, entre ellos, aquella cadena sin la cual cada uno habría ciertamente acabado de existir.

Pero á este rápido é imponente desarrollo de la ciencia de la vida, contribuyeron muchos é importantes descubrimientos en campos hasta entonces inexplorados.

Uno de éstos es lo que vulgarmente se podría llamar el *Lenguaje de las Rocas*.

La tierra tenía una historia y, cerca de la mitad del siglo XIX, *Lyell* demostró que la aplicación de las fuerzas en acción todavía, hoy día, sobre la superficie del globo, pero continuada por largas edades, podía darnos la interpretación de la historia escrita en las rocas y, por consecuencia, la explicación de la tierra misma.

Así nació la *Geología Histórica*.

El lento levantamiento de la costra terrestre (y nosotros tenemos la prueba en los monumentos de la época romana, los cuales se encuentran—todos, ó en parte—enredados por el terreno acumulado en el contorno) si continuo, produciría nuevos montes, como propiamente, con la erosión producida por las lluvias y los ríos, con el correr de los siglos, nos daría nuevos valles.

Entonces la explicación del *pasado* se debe buscar en el *presente*.

Pero la historia geológica es también historia de la vida; ésta fué íntimamente ligada con aquélla y, apenas se pudo conocer que la costra terrestre tenía una historia legible, se comprendió también que la naturaleza viviente tenía una historia paralela.

Si el presente es una llave del pasado, por lo que se refiere á la interpretación de la historia geológica, ¿no sería verdadero el mismo principio para la historia de la vida?

Se puede afirmar que la Biología moderna es una hija, aún no directa, de la Geología Histórica.

Pero otros tres grandes conceptos contribuyeron, en grado todavía mayor, al desarrollo de los conocimientos de la vida.

Primera, entre ellos, la doctrina de la *conservación de la energía y de la correlación de las fuerzas*.

En el universo existe una cierta cantidad de energía que—contrariamente á la opinión, como veremos después, de unos pocos modernos filósofos—*no puede crecer ni disminuir*; que, como la materia, *no puede ser creada ni destruida*; y que existe en diversas formas, las cuales se pueden distinguir en dos clases: una activa ó de *movimiento* y otra pasiva ó de *reposo*. Además, la energía de movimiento se puede *transformar* en la otra de reposo y ésta en aquella, de modo que, cuando *una desaparece, surge luego la otra*.

Un proyectil de cañón, en el acto de hender el aire, presenta energía de *movimiento* pero si se para, por haber encontrado un obstáculo, sucede entonces que su energía se ha *transformado* bajo una nueva forma de movimiento, aunque invisible para nosotros, la cual se llama *calor*; en verdad, el proyectil del cañón y la superficie golpeada se encuentran recalentadas.

Una piedra, á veces, arriba de un techo, está en estado de reposo; pero, en virtud de su posición, posee cierta suma de energía potencial, por la cual en cuanto sea ligeramente movida, cae luego al suelo y, por consiguiente, desarrolla energía de *movimiento*.

Además, para elevar la piedra hasta el techo, fué necesario el uso de una cantidad de energía, exactamente *igual* á la que se manifiesta cuando cae al suelo. Por lo mismo, en una molécula química—como por ejemplo, en una molécula de aceite—la cual se podría definir como una parte infinitamente pequeñísima de una gotita del mismo—existe una provisión de energía potencial, que puede hacerse activa muy sencillamente, quebrando, como se dice en lenguaje químico, el conjunto de la molécula misma, es decir, quemando el graso y dejándola libre en forma de calor; lo mismo que sucede en una llama de aceite.

Pero esta nueva energía de calor es *exactamente igual* á la que se necesitó, en origen, para formar la molécula misma.

En verdad, cuando la molécula de aceite se creó en el olivo, ó en el ricino, para su formación se usó una cantidad de energía solar, perfectamente *equivalente* á la que se puede después poner en libertad, quebrando la molécula.

Y así, con ejemplos, se podría continuar hasta el infinito; sin embargo, debiendo siempre concluir en que existe una cantidad *fija* de energía activa y potencial en el universo; que la misma *se puede transformar, pero nunca destruir, que ella, por último, es siempre la misma en todo el tiempo*.

A ninguno de Uds. podrá pasar inobservada la importancia que toma esta doctrina en los estudios de los fenómenos de la vida.

También todos los organismos vivos presentan *movimiento* y ca-

lor y—si la teoría de la conservación de la energía es verdadera—esta *misma energía* debe estar en correlación con otras formas, también de energía.

De ésto surge la idea que unas *mismas leyes regulan* el mundo *viviente* y el *no viviente*; y también la posibilidad que—del mismo modo—con el cual se puede muy bien explicar *naturalmente* el quemarse del carbón y consiguiente movimiento de una locomotora—así se puede llegar á una explicación, también *natural*, del movimiento de una máquina viviente.

Y así, con los métodos de inducción, de especulación positiva y de crítica, que nos han dejado *Bacone*, de *Verulamio*, *Spinoza* y *Kant*, y con la ayuda de los cálculos ideados por los más ilustrados ingenios, desde *Pitágoras* á *Newton*, *Leibnitz* y el italiano *Lagrange*; con los preciosos y maravillosos medios de laboratorio, los naturalistas se dedicaron infatigablemente al estudio del universo, desde los más lejanos astros á las más escondidas algas de los profundos abismos marinos, siempre tratando de arrancar otros velos á este inmenso é imponente misterio de la naturaleza.

Y mientras—simplemente con base de cálculos, faltando entonces los medios ópticos apropiados—nosotros oímos adivinar por el matemático *Lagrange*, que *deben*, por motivo de principios de física, existir *cuatro* planetas satélites de *Júpiter*, los cuales, después de muchos años, fueron en *realidad* descubiertos; así los biólogos empiezan á enseñarnos que, por ejemplo, tres ó cuatro kilos de alimentos sólidos y

líquidos, ingeridos diariamente, juntos á un kilo de oxígeno, pueden producir efectos mecánicos, la suma de los cuales es capaz de alcanzar un valor maravilloso.

Y, de tal modo, se viene á demostrar que el corazón, empujando la sangre á través del cuerpo, vence resistencias y consume la mayor parte de las fuerzas que posee.

El efecto obtenido por las contracciones cardíacas (las cuales se repiten setenta y más veces por minuto) en un día, equivale al valor de la fuerza necesaria para elevar un peso mayor de ochenta mil kilogramos á la altura de un metro.

A este efecto se deben añadir casi mil kilogramos, que el trabajo diario de los músculos inspiradores podría elevar á la misma altura.

¿Qué gentil y tímida señorita ha pensado que—en su tranquila y, tal vez, poética fase del sueño—es capaz de consumir, ó más bien realmente consume una buena mitad de tan grande energía?

Un buen obrero, que á veces trabaja diez horas por día, puede consumir tanta fuerza cuanto se necesitaría para elevar á un metro de altura, un peso de *cuatrocientos* mil kilos; mientras otro, el cual quisiera trabajar excesivamente,—entre los movimientos del corazón, del pulmón, del diafragma, de la caja torácica y de los músculos de los miembros—podría desarrollar una fuerza de *cuatrocientos ochenta y un mil* unidades mecánicas.

Además el organismo humano—por motivo de los procesos químicos que se producen en él—genera diariamente una cantidad de calórico suficiente para transformar, cuan-

do menos, ventisiete kilos de hielo en agua hirviendo.

Y, como el *calor* puede producir movimiento y se sabe que á cada unidad de calórico, *corresponde* cierto efecto mecánico, llamado "equivalente mecánico del calor," así el *calor* generado, en veinticuatro horas, en el cuerpo humano; *corresponde á una fuerza* tan grande que podría levantar, á la altura de un metro, un peso todavía superior á un millón de kilos.

Y, confrontando este desarrollo de energía — que diremos *química*— con el otro, arriba citado, puramente *mecánico* ó de *movimiento*, de las diversas partes del cuerpo, se deduce que esta segunda queda, casi por por tres quintos, inferior á la primera. Lo que, en su mayor parte, depende de la imposibilidad, para un hombre, de soportar los esfuerzos de un trabajo por un tiempo mayor de diez horas.

De donde viene, sea dicho entre parentesis, el interés mismo que deberían tener los industriales en no dilatar el trabajo de sus obreros fuera de este límite máximo.

Estos y muchos otros conocimientos ha aportado la Biología.

Pero el análisis de la vida no habría podido hacer rápidos progresos, sin fijarse en otros *dos* grandes conceptos, los cuales — juntos al de la conservación de la energía (del cual hemos tratado antes) — forman la base triangular sobre que se funda la teoría moderna. Ellos son: la "Doctrina de la Evolución" y la "Citología."

Procuremos, primero, entender lo que ellos significan, y empecemos por la "Evolución."

Observemos, antes de todo, lo que sucede al rededor de nosotros.

La historia completa de un objeto ó de una cosa cualquiera, debe iniciarse desde el momento en que esta misma cosa sale del estado de imperceptibilidad, para seguir después el ciclo natural de ella, hasta su regreso de nuevo á la imperceptibilidad misma.

Para explicarme con un ejemplo común, diré que la historia de un grupo de plantas *empieza* desde la *semilla* que se ha desprendido de la planta madre, y se *acaba* con la destrucción de la última semilla de la *última* planta.

El desarrollo de todas las cosas que encontramos en la superficie terrestre, de los planetas, de la vida social; del lenguaje, de las ciencias y del arte, presuponen, lo mismo un *pasaje gradual desde el sencillo hasta el complejo*, á través de una serie de sucesivas, ordenadas y casi, á primera vista, *inapreciables modificaciones*.

La formación del sistema solar, según la teoría de *Kant* y *Laplace*, *principia* en una *única* masa *rodante* giratoria de vapores ahora unos los llaman "Ether"; desde la periferia de la cual, separándose, fueron arrojados los planetas y los satélites, mientras que la masa principal se quedó en el centro, resultando el sol.

Y el análisis espectral— mérito imperecedero de *Bunsen* y de *Kirchoff*— confirman esa teoría, demostrando muy claramente que el sol y los planetas poseen la *misma* composición química.

La historia de la tierra nos presenta también un hecho idéntico.

La grande masa de agua existente en el estado de vapor, cuando la superficie terrestre estaba toda incandescente, *se integró* mientras tanto la tierra se enfriaba.

Y, pasando de la evolución geológica á la orgánica, tanto de las plantas como de los animales, nosotros observamos que, mientras la masa de la materia aumenta, ésta se concentra y se consolida bajo la forma de partes *distintas*.

Así—para dar un ejemplo—el corazón, cual se observa en el embrión de los mamíferos, se nos aparece, antes de todo, como una *sencilla* arteria larga y pulsante, mientras, en seguida, se arrolla casi sobre sí misma, *se integra, se desarrolla* en varias partes y se *perfecciona* en el organismo y en el trabajo.

También en los fenómenos sociales aparece muy clara la teoría de la evolución.

Las *familias*, antes nómades, *dispersadas* en una inmensa superficie de territorio—en guerra entre ellas, eliminando en la lucha—los débiles que mueren y sujetando los vencidos á los vencedores—constituyen después las *tribus*, las cuales, siguiendo el mismo ciclo, se transforman en feudos, de *feudos* en *provincias*, en y *reinos*, de reinos en *imperios* más vastos todavía.

Más bien la evolución, aquí bajo forma de integración, se presenta aun más evidente.

En verdad, en la historia contemporánea, nosotros observamos perfeccionarse siempre más este sistema de agrupaciones políticas y económicas, puesto que ya se van formando varios grupos de *potencias aliadas* entre sí, mientras un día,

todos estos grupos *se juntarán* á su vez, constituyendo así los Estados Unidos de Europa, de América, de Africa, Asia, etc., en lucha quizá entre sí mismos, *regresando* así al *sencillo* concepto de las pocas y distintas razas primitivas.

Otras pruebas nos son suministradas por las ciencias; cada día se establecen *nuevas conexiones* entre órdenes de fenómenos que antes nos parecían desatados é independientes entre sí.

Así se sabe que la luz—con sus distintos colores—el calor, el sonido—en sus varias graduaciones—y la electricidad misma, no son sino *distintas manifestaciones* de ondulaciones y, por consecuencia, *de movimiento*.

También en las artes la evolución ha hecho extraordinarios progresos.

Por lo que se refiere á la pintura, si nosotros confrontamos, por ejemplo, una decoración de los *Asirios*, nos parece que cada personaje se encuentre allá *desunido* é independiente de las otras figuras; mientras, en los cuadros de nuestros artistas modernos, el menor accidente entra, como parte *integrante*, en la representación.

No hablamos de la modernísima escuela futurista del *Marinetti*, (y dejamos la *recentísima del... Cerebrismo!*) por que—aparte de la negación estética de este sistema de pintura y escultura—ella quisiera ser una aglomeración enredada y grotesca de hechos, ideas y adivinaciones, propias más de un museo de manicomio, que no de un templo de arte.

También en la música la evolución ha progresado notablemente; y nosotros podemos persuadirnos fácilmente, confrontando la *senci-*

lla cadencia, formada por muy pocas notas, de un canto de los Indios, por ejemplo, con algunos compases complicadísimos de la *Walkirie* del inmortal Wagner ó con las endiabladas disonancias de la *Salomé* del viviente Strauss.

Pero todas estas formas de la evolución se pueden incluir en un solo concepto, que es lo enunciado por Spencer: es decir un cambio, que tiene por punto de salida una forma menos coherente y que va hacia otra más coherente, como consecuencia de la desperdición del movimiento y de la integración de la materia.

Un segundo aspecto también de la evolución—y mucho más importante—es el paso desde esta homogeneidad de la cual hemos hablado, á la heterogeneidad: es decir, la diferenciación gradual de esta materia, no para regresar al estado informe, sino para diferenciarse en distintas partes, las cuales, á su vez, se irán integrando.

Nosotros, por ejemplo, sabemos, según la primera de las dos formas de la evolución, que los planetas, comprendida la tierra, se desprendieron de una única masa rodante de gases, de la cual después no quedó, como centro, sino el sol.

Ahora Mercurio, Marte y la Tierra deberían, no por volumen, sino por sustancia y desarrollo, ser, más ó menos, iguales entre sí; pero aquí también la evolución nos demuestra—y, esta vez, bajo el segundo aspecto—que existe una creciente variedad de estructura entre los planetas, por causa de la inclinación de sus órbitas, de sus ejes, por la constitución física, etc., etc., como,

muy claramente han demostrado los últimos estudios de Schiapparelli acerca de Mercurio y Marte.

Lo mismo debe entenderse por lo que se refiere á las infinitas transformaciones á través de las cuales—como nos ha enseñado la *Geología Histórica*—ha pasado la tierra, desde el primitivo estado de masa incandescente desprendida de la nebulosa, hasta el estado actual, en que no encontramos ni una sola parte de la superficie terrestre parecida exactamente á otra, ni por lo que se refiere á sus contornos, ni por la estructura geológica, ni por la composición química, ni tampoco por el clima.

Todo se perfeccionó mientras tanto que se diferenciaba, y los cuerpos vivientes—plantas y animales—nos suministran ejemplos todavía más claros de la creciente multiformidad de los procesos integrativos, puesto que la historia de una planta ó de un animal—además de indicarnos el acrecimiento del volumen—nos demuestra también que las varias partes orgánicas se hacen siempre más diferentes entre sí, como también nos prueba que los organismos últimos en comparecer, fueron aquellos de estructura más compleja.

En verdad, examinando solamente los vertebrados, sabemos que los primeros en aparecer fueron los peces, es decir los organismos más sencillos y más homogéneos; después vinieron los reptiles y, —más tarde—los mamíferos y las aves, como los más heterogéneos y complicados; y el último fué el hombre.

En éste pues los progresos desde el homogéneo al heterogéneo, son

los más evidentes, por causa de la multiplicación y diferenciación de las razas.

Los negros *Cafres* del *Africa* son ciertamente inferiores á los *Indios* de las *Pampas* y, en la *América* misma, no se puede decir que el tipo *Argentino* sea igual al *Hondureño* ó al *Yanqui*.

En las cosas, en las plantas y en los animales, en la civilidad, en los lenguajes, en las artes, en las ciencias, y también en el pensamiento, siempre hubo una evolución continua, con una transformación, primero de lo simple á lo compuesto, y, después, en sucesivas divisiones, desde este último, en partes siempre más disímiles y más perfeccionadas; propiamente como la histórica olla de *Papín*, se estuvo subdividiendo paulatinamente y transformando en los complicadísimos motores modernos á vapor.

He aquí pues, que la explicación de la energía, de la cual hemos tratado al principio—la cual no puede destruirse, pero que se transforma de reposo en movimiento y de movimiento en reposo—se manifestó, poco á poco, en todos los reinos de la naturaleza; es de ahí que empezamos á encontrarnos frente á una fuerza general que todo lo mueve y á todo hace evolucionar; de donde ya se deduce que el gran problema de la vida no es individual sino general y universal.

A estas teorías de la evolución ya había dado, por otra parte, el impulso decisivo y final el naturalista-filósofo *Carlos Darwin*, en 1859, en su afamado libro *El Origen de las Especies*, en el cual recurrió á un principio del todo nuevo, es

decir, el de la *lucha por la existencia*.

El dijo: como *Malthus* ha demostrado que «mientras la población aumenta en razón geométrica, los alimentos, en veces, aumentan solamente en proporción aritmética,» así es evidente que debe existir una *lucha* encarnizada y continua entre los diversos organismos para procurarse de que vivir.

Y esto es indiscutible y no necesita de demostraciones, porque—queriéndonos restar en nuestro campo—nosotros observamos que—además de la *lucha* entre las diversas clases sociales, vivísima y tal vez bestial—es la guerra por la existencia entre hombre y hombre, la que, hoy día, lastimosamente acaba por triunfar; y, en consecuencia, son siempre vencedoras ó la fuerza brutal ó la picardía—esta última, entre los pueblos, civilmente llamada también diplomacia—ó la deshonestidad otro tanto sin vergüenza, cuanto más rodeándose en la restricta cerca de la ley.

Quien es débil de intelecto ó de organismo, hoy día, muere por hambre ó por enfermedad en un lecho de hospital; y quien no posee tampoco la fuerza para luchar cuanto se necesita para llegar á estos extremos, entra vilmente y pronto á tomar parte de aquellos *vencidos* de la vida que se llaman suicidas.

En esta *lucha* permanente é inextinguible de la naturaleza, sobrevivirá siempre el más fuerte; y, como la *lucha* debe ser tanto más viva cuanto más similares sean los contendientes entre sí y, por esta razón, estén tanto más en contacto, se deduce lógicamente que, en ellos,

debe existir la tendencia para asumir caracteres *divergentes*, que la herencia se encarga de transmitir por medios, que ahora sólo en parte, se escapan á nuestras observaciones.

Y, como un inteligente creador de ganado, ó un jardinero capaz—por medio de selectos y especiales cruzamientos—logran formar razas perfeccionadas y nuevas variedades de animales y de plantas, (y esto solamente en el corto período de la vida de un hombre) así, á través de una muy larga serie de siglos, es decir desde cuando el mundo es mundo, *vino*, por necesidad de defensa y también de adaptación á los distintos lugares, como también por el uso y desuso de los diversos órganos, *una selección* particular, lenta pero continua, en las plantas y en los animales, que nosotros, con *Darwin*, llamaremos “selección natural.”

Y, como por motivo de esta selección, se han quedado y deben quedarse únicamente los seres más fuertes, así vemos aquí que esta nueva teoría—siempre dejando *fijo* el principio de la conservación de la energía—ha venido á confirmarnos en el concepto único de la *continua transformación de la vida*.

Pero debemos también hacer otra observación: esta evolución—si también parece estar á merced de la suerte y, por esto, sujeta á saltos considerables—se encuentra todavía *regida por leyes siempre fijas y continuas*.

Nosotros sabemos, por ejemplo, que: en las razas sanas existe una *proporción estable* y por mil, por lo que se refiere á los nacimientos y las muertes.

Sabemos también—para traer otro ejemplo—que, por cada cien hembras, nacen constantemente ciento seis varones; y que, por fin, es un hecho que si unas razas *pierden* en los nacimientos, otras más fuertes, proporcionalmente, *ganan* en los mismos.

La vida tiene evidentemente un ciclo: quién nace; quién vive sano; quién se enferma y se cura, tal vez sin médicos; y quién, casi no conociendo lo que sea enfermedad, se muere á pesar de toda la ciencia de los sacerdotes de *Esculapio!*

Tenemos un número casi fijo, en cada país, por mil, de frenasténicos, y otro, también fijo—relativamente se entiende—de individuos, alcohólicos ó sifilíticos, destinados al manicomio; un tanto por ciento—que muy poco varía anualmente en los países civiles—de jóvenes que se dedican á la carrera de las armas, de las letras, de la religión y de las artes; otro tanto, por ciento, de unos que tienen especial inclinación para el celibato y muchos otros, ricos ó pobres, los cuales quieren, bien ó mal, contraer matrimonio.

Encontramos, en suma, en las *cosas* y en los *seres vivientes*—plantas y animales—siempre números *fijos*, ciertamente no por voluntad—á parte pocas excepciones—espontánea del hombre, pero contra los cuales, por el contrario, en muchos casos la sociedad combate constante y tenazmente; así como, en las diversas regiones del globo, se encuentran *determinados* días con viento, lluvia, calor, frío, nieve; una prueba más, y muy rara, la tenemos en nuestro *Honduras*—y más precisamente en *Yoro*—en donde anual-

mente, y desde que hay memoria. sin que haya faltado ni una sola vez, siempre en una fecha que no varía del 13 al 18 de junio, y en el mismo lugar llamado “*El Pantano,*” de una extensión que no pasa los cien metros, se observa el interesante fenómeno del *Aguacero de Peces!*

Ahora, un tan grande cuadro, que nosotros podríamos amplificar infinitamente ¿no nos hace pensar que este *quid* (el cual, bajo la forma de movimiento, ó en estado aparente de reposo, es *parte* de todos los seres del universo y *entra*—permítaseme la frase—con la vida en un número *fijo* de individuos para *salir* después de otro número *también* fijo de estos mismos, que llamaremos muertos) no sea sino una *única energía* ó una *única fuerza*, esparcida en millones de máquinas naturales, del mismo modo que un gran establecimiento eléctrico dá simultáneamente luz á millares de lámparas y fuerza y movimiento á millares de distintos motores?

Muchos pueblos salvajes adoran todavía y reconocen todo poder en el sol. ¿Y no decimos nosotros, gente civil, que con el surgir del astro mayor, se despierta la vida, y con la puesta del mismo, todo entra en descanso? “En donde no hay

sol no hay vida” dice—impropiamente—un refrán europeo; pero es cierto que en donde no hay sol, domina *casi* totalmente la muerte. Es un hecho que, bajo la energía solar, nos sentimos renacer, mientras, si ella nos falta y el barómetro baja, nos sentimos tristes, indolentes, *inoperosos* y nerviosos. Está demostrado—y hablo por experiencia propia —que durante un eclipse, cuando sólo por un breve tiempo viene á disminuir, y en una mínima parte, esta energía, todos debemos reconocer en nosotros que algo indefinible parece *cambiado*.

No podemos ciertamente afirmar que nosotros vivimos *exclusivamente* de energía solar; pero es un hecho innegable que ella—al par del aire,—es absolutamente indispensable para los seres vivientes. “Nosotros—dijo *Enrico Ferri*—funcionamos como *acumuladores*, almacenando mayor ó menor energía; nosotros, seres vivientes, no somos sino *máquinas* perfectas, las cuales trabajan y producen mientras se encuentran sanas, y van á acabarse en los inútiles y bajo la misma tierra, cuando se dejan deterioradas ó bastante incompletas.

* *

Continuará.



Junto al piano

Siéntome de su perfume saturado.
Me sonríe su boca obsesionante
y sus dedos arrancan del teclado
una tenue gavota sollozante.

Mis ojos acarician su semblante
de voluptuosa languidez velado;
muere fugaz el ritmo suspirante
y tiemblo de ternuras á su lado.

El amor con su llama nos devora
y en el trémulo espíritu sumiso
con un soplo inmortal graba su sello.

Deliro por su gracia tentadora
y dulcemente siento de improviso
el calor de sus brazos en mi cuello!

FROYLÁN TURCIOS.

CLEOPATRA ⁽¹⁾

(Traducción de Rafael López)

Al Lic. José M. Lozano.—En recuerdo de aquellas conversaciones nuestras, nostálgicas de las viriles grandezas, de las regias voluptuosidades, de las violencias espléndidas, que llenaron la vida fuerte y sensual de los abuelos latinos.

El Traductor.

I

Paul Stapfer nos enseña, en su libro sobre "Shakespeare y la Antigüedad," que Cleopatra ha dado asunto para dos tragedias latinas, dieciséis francesas y por lo menos para cuatro italianas. Trabajo me costaría enumerar solamente las dieciséis tragedias francesas, y me parece suficiente indicar, antes de la Cleopatra de Victoriano Sardou,

(1) A propósito del drama de Sardou y Moreau, representado en París por Shara Bernard.

la Cleopatra de Jodelle (1552). Los Deliciosos amores de Marco-Antonio y Cleopatra de Belliard (1578), la Cleopatra de Nicolás Montreux (1594), la Cleopatra de Benserade (1636), el Marco-Antonio de Latorillère (1677), la Muerte de Cleopatra, de Chapelle (1680), la Cleopatra de Marmontel (1750), la Cleopatra de Alejandro Soumet (1824) y la Cleopatra de Mad. de Girardin (1847). No cuento la Muerte de Pompeyo, del gran Corneille, en donde se ve a una Cleopatra virtuosa, aspirando a la mano de César y tomando por generosidad la defensa del vencido de Farsalia. Su confidente, Charmión, sabedora de sentimientos tan nobles, le dice:

—Por cierto que el amor tiene sobre vos bien poco poder . . .

A lo que Cleopatra responde:

—Los príncipes son así por su alto nacimiento.

No se concibe desde luego cómo pudo Corneille escribir cosa tan ridícula, aunque se ve, si se reflexiona bien en ello, que sólo lo hizo porque poseía un genio sublime. Sin ser un infalible adivinador de las almas, como Shakespeare, nuestro viejo poeta no carecía de discernimiento; tenía en su conciencia que Cleopatra, jamás hubo hablado ni pensado de tal suerte, pero se lisonjaba en embellecerla, en hacerla digna de la escena trágica, en conformarla a las conveniencias exigidas por Aristóteles, y sobre todo, quería arreglarla a su propio gusto, que era noble.

Corneille abundaba en bellas máximas, los grandes sentimientos le costaban poco y se comprende que su buen natural los tomaba de su

tintero. Difícil es ponerse hoy en el estado espiritual que él tenía, cuando escribía una tragedia en su cuartucho, entre dos procesos, pues abogado y normando le gustaba litigar. Las grandezas del mundo y las de la carne lo penetraban de un respeto profundo, y tenía sobre las princesas, ideas que no están de acuerdo con la Fisiología. Otro era el genio de Shakespeare y su Cleopatra es de alma y sangre. Sardou admira infinitamente a Corneille y con justicia, porque después de todo, es el gran Corneille, y acaba de confirmar su admiración en una carta abierta en la cual, defendiéndose de desconocer el genio del gran Willy, estima que el lugar ocupado por el poeta de Hamlet en una de nuestras avenidas, estaría más honrado por el autor de "Poliuo." Ciertamente, el bronce de Corneille, no haría mala figura en París, y aquellos que tienen el culto de nuestras glorias nacionales saludarían con respeto su semblante severo y hasta sañudo. Por lo demás, Shakespeare es el poeta de la humanidad, su lugar está en todas partes en que haya hombres capaces de sentir lo bello y lo verdadero, está por encima de los pueblos, como Homero y no debe Sardou quejarse de encontrarlo en el bulevar Haussmann; cuando más, sólo debe de sentirse un poco molesto, por las pésimas piernas que le talló el escultor.

Conozco á Sardou; sé cuánto es su gusto de artista y como las formas imperfectas ofenden la delicadeza de su gusto. Es indudable que ha de ver con desagrado una estatua tan defectuosa; yo mismo

me siento molesto cada vez que paso por ese bulevar suntuoso y monótono, y más de una vez he sentido piedad por el sastre inglés que tiene su tienda tras de la estatua, considerando que sus conocimientos profesionales de especialista, deben hacerle particularmente sensible la deformidad con la que fué gratuitamente afligido, por un estatuario inepto, su ilustre compatriota.

He ahí, por cierto, á un Shakespeare mal vestido. Mas Sardou escribió precisante su carta, para defenderse de haber despreciado á Shakespeare; se pretendía que le negaba talento, lo que hubiera sido una imbecilidad y los que tratan á Sardou, saben que no las dice. Sardou posee el más rico y fino espíritu; su cabeza es un almacén de curiosidades, un museo de arte, una biblioteca universal. Se interesa en la vida, las costumbres, los usos y las singularidades de los tiempos y de los países. No conozco aún su *Cleopatra*, pero estoy seguro que estará documentada sin faltarle nada de las intimidades, particularidades y singularidades que hacen revivir el pasado misterioso.

Es una incomparable historia la de Antonio y Cleopatra, y tan emocionante, y de una tal suntuosidad voluptuosa y trágica, que el arte nada puede añadirle, ni aún el arte de un Shakespeare. Es preciso leerla en Plutarco: el viejo Plutarco es un maravilloso narrador. Os recomiendo también el estudio de Henry Houssaye, juicioso con elegancia y que constituye un excelente relato.

Cleopatra no era muy bella, no superó ni en juventud ni en belleza

a la casta Octavia, a quien quitó a Marco-Antonio por la vida y la muerte.

“Su belleza—dice Amyot, que traduce a Plutarco con fina gracia—su sola belleza no era tan incomparable, que no hubiese podido haber otras más hermosas, ni tal que enloqueciese incontinenti á quienes la mirasen; pero en su conversación era tan amable, que era imposible por la belleza y el donaire, que tenía al hablar; la dulzura y la gentileza de su natural, que sazónaba lo que decía o hacía, era un aguijón que llegaba a lo vivo; y además se tenía gran placer en el sonido de su voz sola, y en su pronunciación, porque su lengua era como un instrumento de música de varios juegos y registros, que manejaba fácilmente a su guisa, de tal manera que hablaba a pocas naciones bárbaras por medio de intérprete, pues se comunicaba por sí misma con la mayor parte, como con los egipcios, los árabes, los trogloditas, los hebreos, los sirios, los parthos y con muchas otras cuyos idiomas había aprendido.” Tenía el espíritu refinado a la manera de los alejandrinos; recibió de Antonio como un grato presente, la biblioteca de Pérgamo, compuesta de cien mil volúmenes. No fué un monstruo sino en la ampulosa imaginación de los poetas, amigos de Augusto, cuando afirman que se prostituía a los esclavos ¿Qué saben ellos? Se le ha dado por amantes a Cneius Pompeyo, a César, a Delio, a Antonio y también a Herodes, rey de los judíos, que era muy bello; pero sólo hay de cierto sus relaciones con Antonio y César. El resto no está

probado y la aventura de Herodes tiene claramente el aire de un cuento de Flavio Josefo.

Por lo demás, Cleopatra fué una mujer peligrosa y se puede pensar de ella lo que pensaba el anciano profesor de Enrique Heine. “Mi viejo profesor—dice Heine—no quería á Cleopatra; nos hacía observar expresamente que al entregarse a esta mujer, Antonio arruinó toda su carrera pública, se concitó desagrados domésticos y acabó por caer en la desgracia.”

Nada más cierto; ella perdió a Antonio y contribuyó quizás a la pérdida de César y el viejo Profesor hablaba por boca de oro; pero no es eso talvez suficiente, para llamarla como Propercio, la reina cortesana, *meretrix regina*. Los romanos odiaban a la egipcia porque la temían; muerta Cleopatra hubo grandes festejos en la ciudad eterna. “Ahora es cuando precisa beber.” No era permitido sacar el écubo del lagar de los abuelos cuando una reina preparaba en el Capitolio ruinas insensatas y funerales al Imperio. “Osaba oponer a nuestro Jupiter el hocico de perro del ladrante Anubis y cubrir la trompeta romana con los agrios sonidos del sistro egipcio. Quería plantar sus tiendas en el Capitolio, en medio de las representaciones y los trofeos de Mario.” En fin, el monstruo estaba muerto. Era preciso beber, danzar, ofrecer festines a los dioses.

Y fué una mujer, una mujer pequeña, la que hizo temblar al Senado y al pueblo romano. Cuando decimos que era pequeña, no lo sabemos bien, pero lo inferimos por al-

gunos vagos indicios. Para escapar a las emboscadas del eunuco Pothino, se hizo llevar a César dentro de un saco, uno de esos grandes sacos de grosera estófa pintada de varios colores y que servían a los viajeros para envolver colchones y coberturas. De allí salió a los ojos del romano deslumbrado; y nos parece que siendo esbelta y de fino talle, tenía más gracia, y que no se necesita una estatura de diosa, para agradar al salir de un saco. Gérome ha representado esta escena en uno de sus más bellos cuadros anecdóticos y recuerdo bien que su Cleopatra era muy pequeña. Este pintor es admirable por la abundancia y selección de sus documentos, y sin embargo, en este asunto dejóse llevar de su inspiración. No poseemos nosotros ningún retrato auténtico de Cleopatra y la faz de la reina no ha dejado el menor reflejo sobre esta vasta tierra en donde causó tantos duelos y desastres. Es verdad que Cleopatra está representada varias veces al lado de su hijo Ptolomeo Cesarión en los bajorrelieves de los templos de Denderah, pero en figuras hieráticas de un arte tradicional, y cuyo tipo, fijado con tiempo de antemano, deja muy poco lugar á la imitación de la naturaleza. En esa diosa Hathor, en esa diosa Isis de trenzados cabellos, en pie, rígida y con la túnica pegada al cuerpo, ¿cómo reconocer a la enamorada febril que corría en la noche con Antonio por los barrios de Rakotis, y se mezclaba a las riñas de los marineros ebrios? Por lo que respecta al bonito moldaje que se ve frecuentemente en los talleres, Hous-

saye nos advierte de no buscar allí el perfil de la bella lágida. “El bajorrelieve—nos dice—descubierto según creo en 1862, no llevaba inscripción alguna; un egiptólogo se entretuvo en grabarle el nombre de Cleopatra y así se vende en todas partes desde entonces, como la imagen auténtica de la última reina de Egipto.”

Esta superchería me recuerda otra de poco tiempo posterior. Hacia 1866 un italiano mostraba en París en un departamento desamueblado de la calle de Jacob, algunas antigüedades egipcias y romanas, y además, una pintura a la encáustica, de mal dibujo y mediocre estilo, que representaba a una mujer asaz bella, de ancho rostro, con una serpiente que le picaba el seno. El italiano juraba por la Virgen y los santos que era el retrato auténtico de Cleopatra, el mismo que fué llevado a Roma ante el carro triunfal de Octavio. Este hombre poseía un excesivo ardor por las antigüedades. Tenía saltos de tigre frente a la pintura y la contemplaba con ojo sombrío enviándole besos. “Qué bella es”—exclamaba. Había venido a París a venderla y lanzaba rugidos terribles y se arrancaba los cabellos, cuando se le decía que su cuadro era malo y debido tal vez algún señor caballero, académico de Roma o Venecia, que hubiese florecido por los años de 1800 o 1810. Nada era más verdad.

Hay medallas de Cleopatra; los numismatas cuentan quince de tipos diferentes, en lo general mal grabadas y todas representan a Cleopatra con rasgos gruesos y du-

ros, con la nariz extremadamente larga. Conocida es la profunda frase de Pascal: “Si hubiese sido más corta la nariz de Cleopatra, se hubiera cambiado toda la faz de la tierra.” A creerse a las medallas, esa nariz fué desmesurada; pero no las creeremos. En vano se nos mostrarán todos los medalleros del Museo Británico y del Gabinete de Viena; diremos que somos víctimas de esas ilusiones de magia, en las que se alargan simultáneamente todas las narices sobre los retratos, y nos burlaremos de la Numismática que a su vez se mofa de nosotros. El rostro que hizo olvidar a César el imperio del mundo, seguramente que no estuvo deformado por una nariz ridícula.

César amó a Cleopatra. El divino Julio tenía más de cincuenta años. Había agotado toda la gloria y todos los placeres, y extraído de la vida todo lo que ésta puede dar de emociones violentas y alegrías fuertes. Su elegante perfil había tomado la palidez tranquila del mármol, y parecía que tal hombre sólo debiese vivir para la inteligencia. Sin embargo, por más que diga Mommsen, César amó a la egipcia hasta la locura; porque era una locura llevarla a Roma y una locura mayor todavía elevar en el templo de Venus una estatua a la divinidad de la reina.

La lágida ocupaba en Roma con su séquito, la villa y los jardines de César que se extendían en la ribera derecha del Tíber. El Dictador vivía en uno de los edificios públicos de la Vía-Sacra, pero hacía frecuentes visitas a la villa, que era también el *rendez-vous* de sus ami-

gos. Allí fué en donde Marco-Antonio vió a Cleopatra por primera vez; allí recibió también a Atico y a Cicerón, ahora reconciliado con César. Cicerón era amante de libros y de antigüedades, tesoros raros en Roma y abundantes en Alejandría. Cicerón solicitó de Cleopatra algunos manuscritos y vasos canopos, que ésta le prometió de buena voluntad, encargándole la comisión a uno de sus oficiales llamado Ammonio. Pero los libros no vinieron y el orador guardó por ello rencor a la reina. En aquellas horas romanas, Cleopatra se nos aparece bajo un aspecto imprevisto-Discreta y apacible, habiendo deserrado el lujo asiático, entregada por completo á los elegantes trabajos del espíritu, es una bella griega que conversa bajo los terebentos con Cicerón. Mas el puñal de Bruto dispó bruscamente el encatamiento de la villa del Tíber, y César asesinado, Cleopatra huye en medio de las sangrientas escenas de los días parricidas, y vuelve á Egipto. Entonces es cuando va a comenzar la más loca y terrible de las aventuras de amor, la novela de Antonio y Cleopatra.

II

Sara nos la ha mostrado (y con qué encanto, con qué magia) bajo los rasgos de una egipcia; pero era una griega; lo fué por el nacimiento y por el genio: educada en las costumbres y las artes helénicas, poseía la gracia, el buen decir, la elegante familiaridad y la audacia ingeniosa de esa raza. Ni los dioses de Egipto invadieron jamás su

alma risueña; nunca se adormeció en la sombría majestad de las reinas orientales. Fué griega aún, por su gusto exquisito y su maravillosa maleabilidad. Durante el tiempo que vivió en Roma, observó todas las conveniencias, y cuando después de su muerte, los amigos de Augusto ultrajaron su memoria con la brutalidad latina, no pudieron reprocharle nada que fuese un tilde a su permanencia en la villa de César. Había sido perfecta bajo los pinos y los terebintos del Tíber.

Era griega, pero fué reina; reina, y por ende, fuera de la medida y de la armonía, extraña a esa fortuna mediocre que estuvo siempre en los votos de los griegos y que no entró en los de los poetas latinos, sino literariamente y por servil imitación. Fué reina y reina oriental, es decir, un monstruo, lo que le valió ser castigada por la Némesis de los dioses que los griegos ponían por encima de Zeus mismo, puesto que eso significa ciertamente, el sentimiento de lo real y de lo posible, el acuerdo de las necesidades de la vida humana. Hechas para las secretas artes del deseo y del amor, amante y reina, al mismo tiempo en la naturaleza y en la monstruosidad, era un Cloe que no había sido pastora.

Pero que la suerte del mundo dependa de las palpitaciones de una carne exquisita y del aliento de una boca fascinante, eso es lo que no fué griego, eso es lo que la Némesis de los dioses no permite. La muerte de la última lágida, expió el crimen de Alejandro el macedón, ese griego semibárbaro, que solda-

do ebrio, abrió al helenismo el Oriente lascivo y cruel. Y no es que a la delicada Cleopatra le faltase, por naturaleza, el sentimiento de la medida y de la armonía; conservó aún el instinto de lo verdadero, de lo bello, de lo posible, tanto como se lo permitió su omnipotencia, el crimen hereditario en su dinastía, y la embriaguez del mundo, hundido a su alrededor en esa orgía voluptuosa y desenfrenada en donde el helenismo se codeaba con la barbarie. Su desdicha singular, su gloria terrible, fué la de ser encantadora siendo soberana; la de ser Lesbía, Delia o Louconoe, y no poder abrir sus brazos adorables sin encender guerras en el mundo.

La moral de una lágida era elástica, sin duda, y los dulces anticuarios sufren alguna fatiga, al medirla en los textos griegos y latinos, que estudian con método. Por mi parte no investigaré lo que Cleopatra juzgaba permitido o prohibido, si bien sospecho que estimaba que le eran permitidas varias cosas; pero imitaré la prudencia de Houssaye, que no cree poder dar la lista de los amantes de la reina. Por tanto, para formar sin desconfianza catálogos de esa naturaleza, es preciso ser un bibliotecario testarudo como el viejo Elien o el plácido Peignot; que acataban más que razonablemente, la autoridad de los textos. Lo que es cierto, es que cuando Antonio la amó con un tempestuoso amor, ella opuso a la pólvora los rayos de una mirada ardiente y los frenesíes de una carne no fatigada por el libertinaje. Sabemos que amó al soldado de Farsalia y de Filipos y sabemos que lo amó hasta

la muerte. Lo demás se borró para siempre, como los oscuros trabajos de tantos millares de seres que nacieron, sufrieron y murieron en este planeta; como las turbaciones de tantos amantes que en el infinito rodar de las edades, sirvieron o traicionaron al amor, sin dejar aún, como la joven hija de Pompeyo, la huella de su seno en la ceniza.

Antes de Antonio, parece que esta mujer inteligente, ambiciosa, vindicativa y altanera, fué más reina que amante. Gran constructora, al modo de los Faraones y de los Ptolomeos, cubrió a Alejandría de monumentos magníficos, puso a raya las intrigas de los eunucos, sofocó las sediciones domésticas y populares y entró por una estratagema audaz en su ciudad y en su palacio; de donde había sido lanzada. Logró tener en suspenso los derechos de Roma sobre su Imperio, y si es verdad que para conseguirlo empleó su belleza y su encanto, es bueno considerar que esa belleza no era incomparable y que ese encanto, cuyo poder César probó, no hubiese bastado sin gran inteligencia y política. Ese encanto, hábilmente dirigido, le aseguró a Antonio después de César; mas esta vez se encontró siendo la asociada de un soldado condenado a poseer solo el mundo o a no tener una piedra en donde reclinar la cabeza. La partida era grande y dudosa. Para jugarla bien, se necesitaba sangre fría; de la que nunca había mostrado gran cosa Antonio; ella le arrebató la poca que poseía, se enloqueció tanto como él, y los dos lucharon por el Imperio y la vida, en los lúcidos intervalos que

le dejaba esa demencia tan bien conocida por los griegos, puesto que la han descrito como una enfermedad de los sentidos y del alma, sólo comparable al mal sagrado, por la violencia de los accesos y la profundidad de la melancolía.

La primera falta de Antonio y Cleopatra fué la de despreciar á su enemigo, aquel adolescente tartamudo, raquítico, mandria, cruel, y más frío, más insensible cuando se cortaba su primera barba, que los más graves políticos encanecidos en los negocios. Fué preciso combatir en esa guerra de la zorra y del león. El león tenía la parte del león: todas las provincias del Oriente hasta la Iliria; y la joven zorra, el mozo astuto, Octavio, no poseía sino la Italia arruinada y consternada, la España, la Galia y la Sicilia, el Africa en armas contra él. Tantas jabalinas vueltas hacia un cobarde. Pero este cobarde fué un paciente ambicioso, es decir, la fuerza más grande del mundo.

En la madurez de la edad, Marco-Antonio era el primer soldado del Imperio, desde la muerte de César. Comenzó la carrera de las armas, aplastando a los judíos rebeldes; había secundado al gran Julio en la Galia, en la Alta-Italia, en Iliria; mandaba el ala derecha de los cesarianos en la batalla de Farsalia. Batido en Módena, había decidido la victoria de Filipos. Aunque no tuvo la prudencia ni la claridad de César, éste lo estimaba como su mejor Lugarteniente. Una tarde que leíamos en Plutarco la pintoresca relación de la guerra de los parthos, el Capitán Marín, comentando el viejo texto, nos demos-

traba sir. trabajo los errores de Antonio, lo descosido de su plan y la ligereza incurable del jefe que habiendo hecho la guerra con César, se deja sorprender por el enemigo.

No por ello dejaba Antonio de poseer otras bellas cualidades del hombre de guerra; tenía la gran psicología militar, el conocimiento del alma del soldado; se hacía amar y se hacía seguir; era impetuoso, arrebataador e irresistible; inspiraba a los suyos la confianza que tenía en sí mismo. De un extraordinario buen humor, les comunicaba la alegría que hace olvidar los sufrimientos y los peligros, y que duplica las fuerzas. Bebía y comía con ellos; les decía palabras que los hacía reír; los legionarios lo adoraban. Conviene no juzgar a Antonio por las filípicas que le dirigió Cicerón. Cicerón era abogado, y además, en política, un moderado de la especie más violenta; fuera de esto, un honorable y gran letrado. No fué Antonio el grosero soldado, el beluario insolente, la "trogne á epée," iba a decir, que el orador nos muestra. Tenía esprit, justamente en el sentido que hoy damos al término, el esprit de las frases, pues por lo que se refiere al espíritu de conducta, éste le faltó siempre y Cleopatra no se lo dió. Lejos de ser un hombre inculto, había estudiado la elocuencia en Grecia: su palabra, llena de imágenes y desproporcionada, no tenía la elegante corrección que la de César, era lo que llamaríamos hoy una elocuencia romántica. "Le gustaba—dice Plutarco—el estilo asiático, entonces muy solicitado, y que respondía a su vida fastuosa, desbordante de

ostentación y sujeta a terribles desigualdades.”

Plutarco dice bien: Antonio amaba en todo, hasta la locura, el estilo asiático y la pompa oriental. Su frente baja y su barba espesa, su estructura fuerte y viril, le daban alguna semejanza con las imágenes del fabuloso Hércules, de quien pretendía descender; pero era sobre todo a Baco, el Baco indio, a quien se placía en recordar por sus ricos cortejos y por sus carros tirados de leones. Entró en Fifeso precedido de mujeres vestidas como bacantes, y de adolescentes que llevaban la nebrida de los Panes y de los sátiros. No se veía en toda la ciudad sino tirsos coronados de hiedra, no se oía sino los sonidos de flautas y siringas, y los gritos que saludaban al nuevo Dionysos, bienhechor y lleno de dulzura.

Cierto, la amplia humanidad de César fué siempre extraña al colega de Octavio y de Lépido. Antonio tuvo su parte en la atroz ferocidad común a los romanos de aquellos terribles tiempos, pero nunca se mostró como Octavio, fríamente cruel. Al contrario, fué liberal, magnífico y capaz de sentimientos delicados y generosos. En Grecia, sus enemigos lo confiesan, hizo justicia con gran dulzura y se mostró celoso de ser nombrado el amigo de los griegos y más aún, de los atenienses. Después de la victoria de Filipos, arrojó su propia coraza sobre el sangriento cadáver de Bruto, a fin de honrar como soldado los funerales del vencido. Cuando llegaron los días sombríos, y Enobarbo, su viejo amigo, lo abandonó la víspera de la batalla para pasarse a

Octavio, envió al que había sido su compañero por largo tiempo, sus equipajes y todo lo que le pertenecía, muestra de generosidad, que según se dice, hizo morir a Enobarbo de dolor y vergüenza.

Y tal hombre fué esclavo de las mujeres. Su fastuoso amor por la cortesana Cytheris provocó la indignación de los romanos. La áspera y violenta Fulvia hacía temblar a este Hércules, a este Baco indio. Más tarde se mostró sensible a la casta belleza de Octavia. A todas las amó con violencia y con gracia, lo que es infinitamente más raro. “Tenía—dice Plutarco—alegría y gracia en sus amores.” He ahí al hombre citado por Cleopatra ante su tribunal en Tarse. El era el asiático y el oriental. Sin ser capaz de trascendentales proyectos seguidos con atención, soñaba vagamente el imperio de Oriente con alguna inmensa ciudad bárbara por capital. Amaba todo del Oriente, sus tesoros, sus monstruos, sus voluptuosidades, sus esplendores, sus perfumes, su poesía. Cleopatra apareció. La vió, o más bien, volvió a verla, pues sin duda la había conocido en Roma, pero discreta, reservada, severa como una dama del patriciado. En esta vez fué la reina de Egipto la que se aparecía ante él, envuelta en la pompa hierática de una nueva Isis. Y adoró a la griega transformada en ídolo.

La galera de Cleopatra sobre el Cidno, ha quedado en la memoria del mundo, como la imagen de la voluptuosidad espléndida.

Ayer la hemos visto en la ilusión del teatro. Hemos visto, tumbada bajo las velas de púrpura, a la ac-

triz soberana que ha hecho revivir en ella a la culebra del Nilo. Y sin embargo, no data de ese día mi brillante visión; tampoco de la tarde en que oí a José M. de Heredia recitar su suave y deslumbrante soneto del Cidno:

Sous l'azur triomphal, au soleil qui flamboie,
La trirème d'argent blanchit le fleuve noir,
Et son sillage y laisse un parfum d'encensoir,
Avec des chants de flûte et des frissons de sole.

A la proue éclatante où l'épervier s'éploie
Hors de son dais royal se penchant pour mieux voir,
Cleopâtre, debout dans la splendeur du soir,
Semble un grand oiseau d'or, qui guette au loin sa proie.

Voilà Tarse où l'attend le guerrier désarmé,
Et la brune Lágide ouvre dans l'air charmé
Ses bras d'ambre où la pourpre a mis ses reflets roses:

Et ses yeux n'ont pas vu—presages de son sort—
Après d'elle, effeuillant sur l'eau sombre des roses,
Les deux enfants divins, le Desir et la Mort.

EL CIDNO

Bajo el azul triunfante de esplendores bermecios,
Surca el obscuro río la trirreme argentada,
Cuya estela por rastros de incienso está roimada,
Y por cantos de sistros, y sedas, y reflejos.

Da un millano, en la prora, sus vuelos circunflejos:
Y fuera del real palio, tras su sueño inclinada,
Cleopatra, en el hechizo de la tarde dorada,
Cual un gran azor de oro ve su presa, a lo lejos

He ahí a Tarse, en que espera, desarmado el Triunviro:
Y abre la bella Lágida en la luz de zafiro
Sus brazos de ámbar, donde la púrpura da en rosas:

No ha visto deshojadas—presajios de su suerte—
Todas sus rosas sobre las aguas tenebrosas.
Por los dioses malignos, el Deseo y la Muerte.

Mi turbación viene de más lejos. Se remonta a los años de la adolescencia y la primera juventud, cuyo recuerdo, lo confieso, me siento frecuentemente inclinado a evocar. Fué en el colegio, en el año de mi Retórica, en Invierno, en un viernes, durante el almuerzo de las once. Nunca había sentido más penosamente las vulgaridades y las inelegancias de la vida; un desagradable olor de fritura tibia llenaba el comedor, una corriente de aire frío picaba los pies al través de los calzados húmedos, los muros rezuma-

ban, y se veía, tras el enverjado de las ventanas, caer una lluvia menuda del cielo gris. Los alumnos, sentados frente a las mesas de un mármol negro y grasio, hacían con los tenedores un ruido irritante, mientras uno de nuestros camaradas, sentado en un alto sillón en medio del refectorio, leía según costumbre, un pasaje de la historia antigua de Rollin. Yo veía, sin tocarlo, mi plato mal enjugado, mi vaso en cuyo fondo depositara el uso algo semejante a madera podrida; después seguía con la mirada a los domésticos, que nos presentaban algunos platos de ciruelas cocidas, cuyo jugo les ensuciaba los pulgares. Todo era disgustante. En el tintinear de la vajilla, la voz del lector me llegaba por intervalos. De repente oí el nombre de Cleopatra y algunos trozos de oraciones llenas de encanto: "... Iba a mostrarse a Marco Antonio en una edad en que las mujeres juntan a la flor de la belleza toda la fuerza del espíritu... Su persona, más potente que todos los adornos... entró en el Cidno... La popa de su embarcación deslumbraba de oro... las velas eran de púrpura... los remos de plata..." En seguida oí los nombres acariciadores de sistros, de perfumes, de nereidas y de amores. Entonces una deliciosa visión llenó mis ojos; la sangre me batió las sienas con esos grandes golpes que anuncian la presencia de la gloria o de la belleza, y caí en un éxtasis profundo. El celador de los estudios, hombre de ruda naturaleza, me sacó de mi ensueño, dándome un tirón de orejas por no haberme levantado a la señal, mas,

a despecho del cuistre, había visto a Cleopatra.

El buen Plutarco no ha debido equivocarse: Marco Antonio la amó con alegría y gentileza. Es él quien imaginó las locuras de la vida inimitable, los disfraces nocturnos, las partidas de pesca en el Nilo, las fiestas prodigiosas. Sí, él era el oriental, él era el egipcio, y la incomparable amante no quería sino lo que él quería, pues temiendo solamente perderle, tomaba sus gustos y sus costumbres de soldado para estar siempre en su compañía; con él vivía y cazaba, asistía con él a las maniobras. Plutarco dice: "Habían formado una sociedad con el nombre de Amimetobios y se trataban naturalmente, todos los días." Ocho jabalíes se hallaban siempre en el azador y a toda hora se encontraba uno cocido a punto. La vida inimitable se interrumpió por la guerra de Perusa y por el matrimonio de Antonio y Octavia; mas después de tres años de ausencia, se reanudó más ardiente y frenética.

Después fué la guerra: Accio, y aquella fuga súbita de Cleopatra por en medio de la batalla; aquella fuga inexplicable aún, que el Almirante Julien de la Gravière consideraba como hábil maniobra y que Sardoù la hace tan dramática, mostrándonos al contrario, a la enamorada reina, consumando con su huida la derrota y la vergüenza de su amante, para poseerlo completamente. Así, el Almirante quiere que Cleopatra sea un buen marino y el dramaturgo la quiere muy patética: los dos la aman, sobre todo el marino, y aunque yo también la

adoro desde el colegio, creería más bien que la reina se puso en salvo, dominada por un loco terror.

Al ver Antonio huir la galera de las velas de púrpura, la Antoníada, que se llevaba a Cleopatra, la persigue, abandonando el combate por una asombrosa cobardía que en tal soldado es heróica. Aborda la Antoníada, sube a ella y va a sentarse solo en la proa, con la cabeza entre las manos.

En Alejandría, Antonio, deshonorado y perdido, muestra aún un espíritu de una fantasía extraordinaria. En el mar, bajo una cascada, se hace construir una cabaña que nombra su timonión y en donde desea vivir solo a ejemplo de Timón de Atenas. Se dice misántropo y es un misántropo pintoresco, y romántico, el misántropo de la pasión. Después le fastidian su cabaña y la soledad. Vuelve a ver a la reina y forma con ella una sociedad más melancólica, pero no menos fastuosa que la de los Inimitables: la compañía de los que quieren morir juntos, los *sinapetanumenos*. Este Antonio es un gran artista.

Que la reina lo haya amado hasta la muerte no es dudoso; que haya sin embargo, ensayado seducir a Octavio, tampoco puede dudarse y eso prueba solamente que Cleopatra no se sentía tranquila, de lo que por cierto tenemos alguna sospecha. Si no consiguió hacerse amar del frío Octavio, supo a lo menos engañar su desconfianza, le hizo creer que quería vivir, cuando ya estaba resuelta a darse la muerte.

Y murió regimiento: cuando entraron en su cámara los soldados de Octavio, la encontraron revestida

con sus ropajes de reina y de diosa, acostada sin vida sobre un lecho de oro. Irás, una de sus mujeres, estaba muerta a sus pies. La otra, Charmión, sosteniéndose apenas, le arreglaba con mano desfalleciente, la diadema alrededor de la cabeza. Uno de los soldados de Octavio le gritó con furor:

—Esto sí que es bello, Charmión

—Muy bello en efecto—respondió ella—y digno de la hija de tanto reyes.

Y cayó muerta al pie del lecho.

Esta escena es tan noblemente trágica, que no puede uno representársela sin un estremecimiento de admiración. Hay que agradecerse a Sara que nos preparó su espectáculo y nos legó su memoria a los poetas y a los artistas. Se amaba a Cleopatra en Alejandría y se respetaron sus estatuas después de su muerte, lo que prueba que fué menos mala de lo que dicen sus enemigos. En todo caso, pensemos en que la belleza es una de las virtudes de este mundo.

ANATOLE FRANCE



LA VOZ DE MI CORAZON

A JOSE SANTOS CHOCANO

Yo saludo tu verso que se hace profecía,
que sabe ir a un abismo y detener un astro,
que puede hablar a un niño y llora a una mujer;
en tí saludo el alma de la América mía
que te engendró el *más hijo* como el mundo a Zoroastro:
en tí saludo todo lo que has podido ser

Eres el Continente, eres el solo brote
de aquella raza extinta que destrozó su espada
—que entonces era flecha—sobre el conquistador:
sí a estas horas viviesen los ojos del Quijote,
ya soñarían que América no estaba conquistada,
ya traieran las olas otro nuevo Colón.

Ha pasado una sombra Van pasando más sombras
todas van con la aljaba y el penacho de plumas
a defender la tierra que regalara el mar;
y allá bajo las ceibas—como en francas alfombras—

AIENE DE HONDURAS

243

algunos deliberan, otros siguen los pumas:
¿alguien la *Oda Salvaje* se ha puesto a recitar?

Tu Numen ha sabido de esa fuerza que canta
en el viento del monte y en el agua del río,
en la savia del árbol y en el alma de Dios:
por eso le has cantado al cantar de la planta,
a la voz de la selva y al *adiós* del navío,
y aun a la raza misma que guardamos temor.

Hermanos, doy un toque de esquilón o de lira,
detened el Pegaso que os dió Belerofonte,
alineaos ahora sobre el sagrado Azur,
ved la sombra de un hombre y a su pie lo que gira,
mirad el Continente desde vuestro horizonte
y veréis que la América se está poniendo al Sur.

ALFONSO GUILLEN ZELAYA.

Guatemala, abril de 1914.



ONIX



Suntuosamente enfermo bajo el lienzo nublado
el neurótico poeta que abdicó de cantar,
férreo, pálido, bello, como un sol desangrado,
se retira del Arte y se pone á llorar.

No con pauta de vida se aprisiona la suerte,
ni es la ciencia ese vino que destruye el Dolor,
este raro bibliómano que se lleva la muerte
es sabio, y es de sándalo: en su herida hay olor.

—¿Te retiras?—Me voi.—Pasa, inmenso poeta.
Cristaliza el diamante de tu magna paleta
y tu gloria tan sana por el bien y el mal.

Es más grande la aureola por virtud del calvario:
Ten paciencia ¡oh solemne y puro visionario!
que la esponja del mármol seca sangre inmortal.

FRANCISCO JOSÉ ALBIR.

Las bibliotecas que se miran desde la calle....

A DON JUAN STRADTMANN

—Fué el gran Rubén, si no me equivoco, quien formuló el apotegma que dice que hay que tener el valor de tener talento—decía Aurelio Martínez, flemático de verba, a dos de sus amigos escritores, en el Café Internacional.—Ahora bien; tener el valor de tener talento es, como el vocablo aquel del griego de Aristófanes, o como casi todas las parábolas futuristas, cuestión de interpretaciones. Fulano cree que esboza el gesto que el Maestro pide, pidiendo, por su parte, esfuerzos a su inteligencia y frutos al estudio; Zutano, que el canon se observa alentando un «fuerte convencimiento», un convencimiento redondo e invulnerable de que la Naturaleza nos ha hecho sus obsequiados.... Pero quién profesa la teoría que más me intriga, es don Deogracias. ¿Conocen ustedes a don Deogracias el Diputado?

—¿El profesor de Retórica del Liceo?

—¿El Socio Corresponsal de la Academia de N?

—¡Exactamente! El que estuvo a punto de ser Ministro Plenipotenciario de la República en Alemania.

—Pues bien—continuó Aurelio Martínez;—don Deogracias, como ustedes saben, tiene talento, tiene mucho talento, tanto talento, que quizás no haya entre nosotros quien tenga más talento. Las gentes honorables y letradas; así lo dicen al menos, y yo, que tengo tanto respeto

por las gentes honorables y letradas, estoy con ellas....

Los dos jóvenes escritores amigos de Aurelio Martínez sonrieron. . . . Pero éste, sin corresponder a su sonrisa, alzó de sobre el mármol de la mesa su vaso de *Bock*, é invitó a Alfredo y a Gino—que así se llamaban sus amigos—para que hicieran lo mismo.

Quien hubiera estudiado en ese instante con la mirada el rostro de Aurelio, habría podido sorprender en él una intencionada iluminación psicológica, acusadora acaso de un consumo de ironía, y habría dicho que Aurelio bebía, más que por satisfacer un deseo de sus vísceras, para ahogar entre la espuma del germano licor el retozón brote de malicia que se le escapaba del espíritu.

—Don Deogracias—continuó Aurelio—tiene mucho talento; tiene un pasmoso talento. Y don Deogracias no lo *tenta*, no lo *tuvo* siempre; don Deogracias *ha llegado a tenerlo*. Y ésto lo digo basándome, en parte, en declaraciones suyas, y en parte, en la realidad de los hechos. Ciertamente que el ahora profesor de Retórica del Liceo manifestó desde su primera juventud alguna inteligencia: obtuvo en la escuela diplomas de *Distinguido*, se hizo Abogado, etc., etc. Pero de ahí a que le fuera propio el enorme talento que posee ahora, hay algo

de diferencia. El admirable talento de don Deogracias data de un breve lustro atrás. Data de cuando, habiendo recibido de su ya muerto tío Emiliano una cuantiosa herencia; fundó *El Conservador*, que todavía conserva y que ha redactado y redacta sin redactarlo. De entonces. De cuando, mediante el dinero que de manera a todas luces legítima recibiera del difunto hermano de su padre, le viene siendo posible vivir vida de rentista.... Así pues, me empeño en afirmar que el talento de don Deogracias es una conquista hecha por él mismo; una conquista genuina, que le cuesta, como todas las conquistas, un poquillo de sacrificios, y que corresponde al despliegue de «valor» que requiriera el poeta de AZUL.

—¿Desean ustedes saber ahora cuál es el procedimiento que el profesor de Retórica siguió para llegar á ser dueño de tan maravilloso talento?—continuó Aurelio, después de otro sorbo de *Bock Bier*.

—¡Ya lo creo!

—Diga usted....

—El procedimiento es simplísimo. Se compró una biblioteca y la hizo montar en su casa de manera que se viese desde la calle....

Entregándose en seguida a la especulación en la biblioteca... dijo Gino en tono serio e interrogativo.

Y consiguiendo mediante ello desarrollar... agregó Alfredo.

—Mis informes nada registran sobre el particular — interrumpió Aurelio más reposado y aparentemente sereno que nunca—; sólo dan cuenta de que, una vez instalada la biblioteca en el salón con ventanales a la calle, del piso bajo

de la casa de don Deogracias. éste hizo completar la librería, aparatosa y generosamente, con bustos de Académicos, cuadros que representan a los clásicos, y aun dos o tres reliquias arqueológicas, ídolos y vasos que, a su decir, proceden de las ruinas hace diez años descubiertas en X. X.

—¡Admirable manera! ...

—Realmente....

—Yo no he pensado sobre si sea admirable o no el procedimiento de don Deogracias; sólo he observado que es eficaz, eficazísimo.... Todo el mundo reconoce hoy que don Deogracias tiene talento.... Pero, permítanme ustedes que les diga que don Deogracias tuvo todavía que llevar a cabo otros trabajitos..

—¿.....?

—Se dejó crecer el pelo; hizo que los ratones royeran un tanto sus vestidos y que los puercos de la vecina huerta se los ensuciaran; se compró un bastón sin lustre, en forma de cayado; se aprendió de memoria la parte rosa del diccionario enciclopédico *Larousse*, la de los latines, es decir, y de las sentencias célebres en todos los países de la Antigüedad; ensayó y aprendió, para usarlas en la biblioteca y en la cátedra, algunas *posturas* que él y el sórdido cuello de su camisa llaman *filosofales*; y se echó a dormir....

—¡Admirable!

—Realmente,....

—Yo no sé si lo sea. Sólo sé que don Deogracias tiene talento, mucho talento, un extraordinario talento. Y que, a la manera de aquel Pacheco de quien tan mal intencionadas cosas nos dijera un pícaro

portugués, don Deogracias ni en la tribuna, ni en el periódico, ni bajo el techo de las aulas, ni en el libro, en ninguna parte, nos ha dado el gusto de dejar entreveer—siquiera fuera de dejar entreveer—las manifestaciones de su estupefaciente talento . . Sin embargo, no tengo inconveniente en resignarme a que ello sea así: los grandes hombres, tratándose de sus grandes virtudes, tienen sobrado derecho a ser avaros

—¡ !

—Pero, ¡vamos! Que don Deogracias tiene talento, es indiscutible;

que «ha llegado a tener talento,» es decir; que ha llegado a «tener el valor de tener talento.» ¡Y que nosotros, lamentables cobardes que no hemos llegado a tener el valor de tener ese valor, no llegaremos a tenerlo jamás, a menos que, siguiendo el incomparable ejemplo del incomparable don Deogracias, hagamos montar nuestras bibliotecas como la de él, de modo que se miren desde la calle!

—Muchacho! Traiga Ud. otra tanda de cervezas

J. CRUZ SOLOGAISTOA.



La juventud de Alvaro Contreras

Casa humilde, infancia repartida entre la travesura y el baño en la quebrada, la escuela de primeras letras en su casa y el rosario después de la merienda. Comía el pan de los pobres, vestía decente ropa los domingos aromados por la misa que rezaba el cura Bobadilla; adoraba los libros desde pequeño, y un tizón de milagro parecía haberle tocado la frente desde la cuna, pues le fué ingénito el dón oratorio que le venía desde quién sabe qué remoto ancestro, tal vez por parte de doña Josefa Membreño, su madre, una señora que tenía porte raro y conversación seductora; porque don Gregorio, el progenitor aunque honrado á carta cabal, no era de mucho seso y como en la estirpe del padre Reyes, su lí-

rico paisano, se cumplió el dicho del pueblo: que la raza viene de la gallina.

Era alocado en sus ademanes y en su parla, y por loco lo tenían el vecino de enfrente y la señora Candelaria en cuya casa había goteras por culpa del niño Alvaro, que apedreaba los pájaros. Leía de prisa y á todas horas, con una exaltación que más parecía de niña sentimental que de precoz glorioso, y su delicia más intensa consistía en recorrer los capítulos de un volumen y pasearse en una sala repitiendo las ideas delante de su diablo azul, de su genio invisible; pues como el *Nouma Roumestan* de Daudet vibraba locamente, á manera de aquel sensitivo cuando escuchaba el timbre de su metal interior. Tal

vez de su padre venía, por oscura curva, esa fiebre de parlante, ese delirio crisostómico que acaba por encarnarse en un lejano vástago á quien la boca se le vuelve un hueco de música y las manos cuando se mueven parecen ir guiando el ritmo de la palabras. Sobrinos locos dejó, aunque no dementes sino azogados y dueños de manías que son famosas en la tierra patria: loco fué de niño y tal vez por eso se acostumbró á decir la verdad desde muy temprano, y nunca dejó de ser niño y loco, de los más inocentes y de los más cuerdos, de esos niños á quienes se les perdona todas las faltas porque no le quitan el pan al prójimo, ni tienen manos de cera cuando llegan al Poder, y de esos locos que se hacen seguir por las muchedumbres, las conducen con sólo hacerlas un signo y llevan el fatal síntoma de la enfermedad que llaman *genio* los doctores de la patología intelectual.

Le enseñaron en su casa á orar siempre que se levantara del lecho; á no mentir, á ser hombre honrado. Creyente fué el que más tarde sería un santo de los santuarios nacionales; hablaba, y ponía su corazón en el verbo que brotaba de sus labios ardientes; pobre y honrado murió como había vivido, aquel que fué látigo de llamas para los pícaros y si sacudía su cabeza enmeleada era como esos tipos extraordinarios y caballerescos de quienes al verlos erguir la frente podemos decir que han nacido con gorro frigio ó con penacho, porque la llevan con decoro y las manos humanas no pueden darles caricias sino con coronas de laurel.

Una señora, Manuela Figueroa, tenía en casa de los Contreras la célebre escuela de niñas de entonces, y mi abuela materna, que me ha contado todo ésto, se acuerda cómo después de la costura en el cañamazo y de los palotes en la cuartilla, con las condiscipulas curiosas miraba por el agujero de la llave á un joven galán que se paseaba en uno de los cuartos, declamaba á solas, se encaramaba á una mesa—que tal vez sería la en que las viejas colocaban á las imágenes preferidas, y haciéndose la ilusión de estar ante rumorosa muchedumbre, el improvisador manoteaba frenético y exponía en palabras cadenciosas las ideas que acababa de sorprender—como á ninfas bañándose—en los libros de historia que eran los mismos que todos leían en el hogar y fueron la delectación de don Julio, el hermano adusto que después fué catedrático de la Universidad del Padre Reyes.

—Alvaro, ya está el almuerzo. Era la voz de una de las hermanas al dar las doce del día.

* * *

Murió doña Josefa, pero en los brazos de él, del hijo que partía corazonas con un llanto desgarrador junto al lecho mortuorio. Murió la mujer bíblica, en cuya leche bebió la vida el que más tarde sería un macabeo de la libertad; aquella señora que, cuando estaba agonizando y oyó que alguien la lloraba en un ángulo de la casa, incorporándose lentamente, exclamó: “Díganle á Rafaela que no me perturbe!”

Así, estoico á manera de la madre, fué el bravo hijo. Así vivió, seguro de su talento, idolatrando el tesoro que poseía en el espíritu, midiendo la anchura de sus alas y la extensión del cielo que se desdoblaba ante sus ojos con magnificencia de manto imperial. Aquellas actitudes que tomaba ante las cándidas vecinas eran otras pruebas de su locura, pues las gentes llaman ensimismamiento ó fatuidad á esa confianza íntima que el muchacho audaz no se esconde, á esa seriedad que en nada se parece á la de los viejos frívolos que quisieran ejercer sobre la juventud, para vengar sus fracasos, uno de los despotismos más sombríos de la tierra.

Cuando marchó á Comayagua, á buscar un horizonte mejor para sus ensueños, se despidió de una vieja amiga á donde tarde y mañana iba á referir lo que acababa de leer, mientras su interlocutora ponía un fleco de encaje á las enaguas blancas. . . .

—¿Aquí es la casa del señor Alvaro Contreras?—preguntó una tarde, á las grúdas del hogar donde me han relatado ésto, un hombre que llevaba la orden de marcha que hacía mucho esperaba el joven soñador.

Adiós á la novia de Esquías, á Chabela Alvarado, preferida hondamente por el garrido adolescente. Adiós á las montañas tutelares, á los umbrales tibios, á las puestas

de sol que aun en la ausencia bañarían de polvo de oro su memoria. . .

—Me voy, Mariquita; fueron sus palabras para la antigua interlocutora.—Ya vas á oír cómo sonará mi nombre en Centro-América. Llegando á la capital escribiré en aquellos periódicos y mi fama vendrá hasta este pueblo y cuando sea un grande hombre muchos se acordarán de mí.

Así fué, como él lo dijo, como lo pensaba. Domador del Destino, él subió hasta donde quiso su deseo; y hoy me preguntan los que no lo han vuelto á ver desde entonces, si está hermoso y soberbio en el busto de mármol donde su frente aparece contraída por un pensamiento recóndito. Me han preguntado por aquel orgulloso muchacho que en su casa aprendió á leer, en aquella casa en donde la maestra Manuela Figueroa jeseuseaba á las niñas mientras les daba azotainas. Y una sonrisa de remembranza tierna, de cariño que aun perdura,—pues las gentes del campo tienen puros afectos,—anima las caras de los que conocieron al joven Alvaro, el travieso enamorado que á los veinte años ponía besos en las bocas de las muchachas que se distraían y que tal vez por el trato familiar que dió á los relámpagos, en las noches de invierno de la infancia, pudo alumbrar con ellos el cielo espiritual de sus grandes discursos.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

